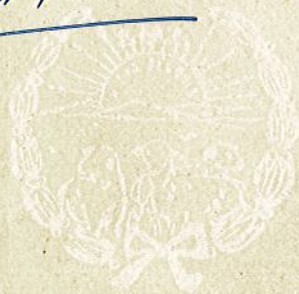


Categorización de carnes en bovidos
página 17.



Sumario



1959

	<u>Páginas</u>
Nuestro querido Presidente, condecorado	5
Editorial	7
Método de difusión en agar para la investigación específica de embutidos, por <i>don Mariano Illera y don Félix Sanz</i>	13
Categorización de carnes en el ganado vacuno, por <i>don Pedro Calleja y don Manuel Enríquez</i>	17
Normas para la utilización correcta de los hemoglobímetro tipo Sahli, por <i>don Vicente Dualde</i>	43
Enzootia de queratoconjuntivitis infecciosa de los bóvidos, por <i>don Emilio Díaz</i>	51
Un albéitar zamorano, gloria científica mundial, por <i>don Amador Gómez</i>	56
Noticias	59
Disposiciones oficiales	63
Resolución provisional del concurso de Veterinarios titulares.	73

BOLETIN DE INFORMACION Y SUPLEMENTO CIENTIFICO DEL CONSEJO GENERAL DE COLEGIOS VETERINARIOS DE ESPAÑA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Villanueva, 11. — Teléfono 25 14 84

Edita: CONSEJO GENERAL DE COLEGIOS VETERINARIOS DE ESPAÑA.

Volumen VI (II Epoca)
Agosto-Septiembre 1959

Núm. 143-144

Un albéitar zamorano, gloria científica mundial

Por AMANDO GÓMEZ,

Correspondiente de la Real Academia de la Historia

Existe en la Biblioteca del Palacio Real un libro, cuyo título es como sigue:

«Libro de Albeitería, en el cual se reseñan todas cuantas enfermedades y desastres suelen acaecer a todo género de bestias y la cura de ellas. Así mismo se verán los colores y paciones para conocer un buen caballo y una buena mula. El más copioso que hasta agora se ha visto. Hecho y ordenado por el honrado varón Francisco de la Reina, herrador de la ciudad de Zamora. Agora nuevamente impreso y enmendado de muchos defectos que se hicieron en la primera impresión con intento de dar claridad a los albéitares de España. Año de 1552».

Este libro rarísimo tuvo otra edición, como se deduce del epígrafe copiado y, según los bibliófilos, corresponde aquélla al año 1544. Que, como obra profesional de Veterinaria, era apreciada en su tiempo y posteriormente se deduce por la multiplicación de ediciones que ha tenido: una en 1602; otra en Burgos en 1623 y otra en Alcalá en 1647.

Parece, pues, que los contemporáneos de Reyna y los profesionales posteriores lo consideraron como hombre eminente en la ciencia de curar bes-

mente se fijaron ni dieron importancia al trascendentalísimo descubrimiento del insigne albéitar y que expone en su obra como de pasada, cual si se tratase de una cosa ya sabida y nada menos que el descubrimiento de la circulación de la sangre, tan importante para la historia de la ciencia médica. Sus palabras están bien claras: «La sangre anda en torno y vueda por todos los miembros».

Han sido varios los que han pretendido la prioridad y la gloria de este descubrimiento, entre ellos el inglés Guillermo Arvey, el veneciano Pedro Pablo Sarpi, Andrés Cesalpino, Fabricio de Acuapendente y más que ninguno y con justicia el antitrinitario y desgraciado español Miguel Servet, quemado vivo en Ginebra por el odio farisaico y la fría crueldad de aquel monstruo que se llamó Juan Calvino, crimen horrendo que, según el protestante Tallin, fue fruto natural e inevitable del protestantismo. No es Calvino, dice, el culpable; es toda la Reforma. Este es el único que puede vindicar para sí la gloria de este descubrimiento, sin que oscurezca la de nuestro ilustre zamorano, porque seguramente no tuvo noticia de ello.

La explicación clara y detallada de

1 su famosa obra «Christianismi restitutio», impresa clandestinamente en 1553 y que constituye hoy uno de los libros más raros del mundo, porque así toda la edición fue destruída y quemada en Viena y en Ginebra y es la que, según Menéndez Pelayo, no se conoce más que dos ejemplares, uno en la Biblioteca Imperial de Viena y otro en la de París, esta última adquirida en 1783 en 4.121 libras y que hoy valdrá cuatro o cinco millo-

es. Indudablemente, Servet no sabía de Reyna ni éste de aquél, pero, además, la primera edición de Reyna ya hemos dicho que corresponde a 1544; por tanto nueve años anteriores a la de Servet. Sin embargo, se le ha puesto reparos ha éste, queriendo atribuir la gloria de este adelanto fisiológico a Colombo, médico italiano pero su obra «De re anatómica» fue impresa en 1559.

Mientras una ardiente polémica se sostenía en el extranjero desde los tiempos de Leibnitz sobre la prioridad de este descubrimiento, el nombre de Reyna permanecía en el anónimo. Fue el Padre Feyjó quien en 1764, en sus «Cartas eruditas», en la 28 del tomo tercero y en la novena del quinto, reivindicó para el zamorano Francisco de la Reyna la prioridad indiscutible de haber conocido el misterio fisiológico de la circulación de la sangre. Feyjó tuvo conocimiento de este libro por noticias que le facilitó un amigo suyo, que poseía un ejemplar de la edición de Burgos, hecha en casa de Felipe de la Junta en el año 1564, y de esta fecha parte, para desaparecer los argumentos de los que querían fuese el primero alguno de los citados. Estos argumentos se refuerzan sabiendo que la primera edición es de 1544. Así, Arvey nació en 1577, es decir 36 años después de haberse publicado el libro de Reyna y empezó a enseñar su teoría en 1619, encon-

trando una fuerte oposición en la mayor parte de los médicos filósofos de la época y sólo cuando de ella se adhirió el famoso Descartes pudo tener algunos secuaces. Sin embargo, es muy probable que Arvey, si no la obra de Reyna, conociera la de Servet, pues la exposición de su sistema casi la expresa con las mismas palabras que aquél.

El triste famoso Fra Paolo Sarpi nació en 1552, ocho años después de la impresión de Reyna y es fácil la conociera, dado su espíritu voraz para leer toda clase de libros y la comunicación tan continua que existía entre Italia y España, por aquellos tiempos de nuestro absoluto dominio en la península italiana. Este pudo comunicársela a Arvey por conducto del famoso cirujano Acuapendente, que fue a Londres con objeto de intervenir quirúrgicamente en una enfermedad de aquél.

Cesalpino fue contemporáneo de Reyna, pero los mismos que afirman ser el descubridor de la circulación de la sangre, sostienen que la obra en que lo hizo público fue impresa en 1593, es decir, 39 años después de la de Reyna.

Además, todos los citados hablan del fenómeno con una confusión tal que, en frase del maestro Benedictino «necesita de que la buena intención del que le lee ayude mucho la letra para hallar en él lo que pretende».

Después de esta resurrección y vindicación de Reyna, debida a la autoridad del sabio Feyjó, volvió a caer en el olvido y ya únicamente en nuestros días, pero muy a la ligera, se ocuparon de él y lo ensalzaron, más como bibliófilo que como crítico de Medicina, Carbajal, Nicolás Antonio y Gallarde. Únicamente el benemérito y nunca bastante ponderado señor Fernández Duro lo incluyó con una breve nota en su «Aparato Biblio-

gráfico», que incorporó íntegramente más tarde la Enciclopedia Espasa y después ya nada se ha hecho, que yo sepa, para colocar en el puesto que le corresponde a tan destacada figura zamorana.

¿Cómo, pues, un simple albéitar pudo alcanzar un misterio que médicos y cirujanos eminentes no vislumbraron? Indudablemente, por una fina capacidad de observación y estudio, que lo llevaba a ejercitar por su cuenta experiencias, acaso en pugna con los métodos imperantes en su época, en la que Hipócrates continuaba siendo el dios de la Medicina. Yo no afirmaré como el Padre Feyjoo, que Arvey y Cesalpino tomaran de nuestro paísano y se apropiaran sus ideas, aunque no sería el primer caso y así varios cita él en su carta, pero si estaremos conformes con él en que hay una desdía enorme en el conocimiento de muchos de esos modestos sablos que han vegetado en un pueblo de corto vecindario, consagrados años y años a investigaciones labo-

riosas y que, por cubrir su nombre con el manto de una exagerada humildad, han desaparecido de la memoria de sus coterráneos.

No queriendo yo incurrir en este defecto, es por lo que con la pobreza que mis medios de investigación me consienten, procuro exhumar figuras y hechos olvidados de nuestra Patria chica, hoy he aprovechado la ocasión, al albergar la ciudad en estos días a tantos eminentes profesionales veterinarios, para que se asome a las columnas de este diario la figura de Francisco de la Reyna, indiscutible descubridor del misterio fisiológico de la circulación de la sangre. Repitamos su frase: «La sangre anda en torno y rueda por todos los miembros». Antes de él nadie lo había dicho. Con esa frase incorporó a la verdadera ciencia una de las verdades más útiles a la Fisiología y a la Medicina práctica.

Hay que considerar, por lo tanto, al **Herrador zamorano** como uno de nuestros más eminentes sabios.

DIAGNOSTICOS DE GESTACION en las hembras domésticas por el análisis químico de la orina

CINCUENTA gramos de orina por correo.
VEINTE años de práctica y más de 29.000 análisis en toda la Cabaña Nacional. TARIFAS: Ganaderos: 40 - Veterinarios: 30 pesetas.

J. GONZALEZ CUBILLO - Veterinario - Alhama de Aragón